

REVISTA POLITICA Y PARLAMENTARIA

APARECE LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

DIRECTOR: GABRIEL R. ESPAÑA, EXDIPUTADO Á CORTES

AÑO II

Madrid 28 de Febrero de 1900.

NÚM. 8.º



D. JOSÉ CANALEJAS Y MÉNDEZ

© Biblioteca Nacional de España

«Instantánea» de **Franzen**.
Fotógrafo de los Reyes de España y de los
Príncipes de Baviera.

EL NACIONALISMO DE LOS HOMBRES DE ESTADO

Sin duda la posesión y el ejercicio del Gobierno son para los estadistas los verdaderos medios de práctica política, y no en el ejercicio de constante censura, ya desde la prensa, ya desde la tribuna, pueden adquirir aquella presteza y seguridad de vista para comprender la variedad de asuntos, ni aquella destreza, tino y seguridad de mano en el régimen y arreglo de los negocios públicos, condiciones indispensables para el acierto y éxito en el trabajo de la política.

Ha hecho observación un agudo crítico político, por la cual se concluye mostrando que los talentos brillantes, que con ingenio y elocuencia exponen las más seductoras ideas, y aun doctas teorías, funcionan gallardamente, triunfando como publicistas y como oradores, mas fracasan casi siempre en el ejercicio del Gobierno, siendo en éste de incomparable valor aquellos hombres que en la práctica positiva del foro, de la banca ó de cualquier labor técnica particular adquirieron las facultades de la previsión, serenidad de cálculo, perseverancia y diligencia.

Mas aunque tales hombres llegaren en nuestra España á la práctica del Gobierno, la índole de inestabilidad del carácter á *tutto tempo* batallador del ridículo parlamentarismo que aquí se usa, y que es copia vil é imitación y mezcolanza estrambótica del extranjero, daría poca duración en el Gobierno al estadista ó le condenaría á un incesante y afanoso combate con las oposiciones, que se creen obligadas siempre á derrotar al Gabinete.

Contra esta convencional maniobra de la política ha surgido en algunos puntos la idea representativa del nacionalismo, quiere decirse, expresión de una como tendencia á desviar el curso del proceso político del campo de los partidos militantes y á instituir estudio y labor sobre hechos concretos de realización de los ideales dentro de lo estrictamente viable y posible.

Así, por ejemplo, en lo referente á reformas sociales, el gobernante, inspirado por criterio positivista, hace por sí cuanto á su entender exigen inmediata é imperiosamente la justicia y la necesidad y todo aquello cuanto puede arraigar ó fundarse sin peligro de fracaso ó de ruina.

No atiende por esto el hombre de Estado á las deslumbradoras generalidades de las escuelas propagandistas, ni se esclaviza en la cuadrícula de las escuelas doctrinarias, y por último se deja arrastrar por ese *universalismo* ó cosmopolitismo que ha seducido á veces á los hombres políticos, obligándoles á imitar en todo la política del pueblo más poderoso, la más celebrada ó puesta en moda en algunas naciones.

A las referidas circunstancias débese que la escuela ecléctica, á que aludimos, haya tomado en algunos puntos el nombre de nacionalismo.

No habiéndose mostrado aún como verdadero partido, es expresión de dos tendencias que caracterizan verdaderamente el progreso de la política moderna, esencialmente positivista, concretista y sobre todo patriótica. No habremos de decir que en España conocemos, entre otros, señaladamente un hombre político que más se cuida de revelar la firmeza del carácter en la iniciación, persecución y conclusión de hechos, más en implantar suave y sólidamente reformas de visible utilidad; más, en fin, atiende al labrado y cultivo de un concreto mejoramiento que á aducir divisas y mores filosóficos y á prestar importancia á los torneos parlamentarios; no habremos de decirlo, puesto que lo singularísimo de su trabajo bien manifiesta quién es y cuánto puede esperarse de su diligente política (1).

Nosotros creemos que el sentimiento del nacionalismo, si se manifiesta como todas las ideas y tendencias de los partidos políticos, tirios y troyanos, romanos y cartagineses, blancos y negros, en que la disparatada escuela liberal, verdadera torre de Babel, ha dividido la política, el nacionalismo no será sino un partido más.

Ya el gran O'Connell presentía esa tendencia del nacionalismo cuando afirmaba que toda institución, toda ley, todas reformas nuevas se realizaban según la estructura del suelo en que habían de arraigar y según la luz del cielo, la fe altísima bajo la cual habían de ampararse.

El nacionalismo, pues, es sentimiento que nace del muy particular estudio acerca del carácter, naturaleza, necesidades y con-

diciones propias de la nación y del elevado conocimiento del ideal que á la nación anima, y que es su lumínar, su esplendor y su gloria.

Cuando de tales instrucciones se halla provisto el hombre de Estado, gobernará con pulso y renovará con tino, no pecando de *alienegismo*, ni siendo lo que han sido muchos políticos de la escuela romántica, ó un Juan de las Viñas, ó un comparsa de la patulea de vociferadores y revolvedores públicos.

Cuando el sentimiento del nacionalismo le falta al hombre de Estado, le es difícil en estos tiempos lograr fortuna. Notables ejemplos son de la verdad de nuestro aserto dos hombres ilustres, políticos contemporáneos: el gran Ministro inglés Gladstone y el sabio Ministro Wadigton, personajes de vasta ilustración y de valioso carácter.

Gladstone fué un político inglés marcadamente afrancesado; Wadigton un político francés, verdaderamente anglomano. ¿Quiere esto decir que el primero no tuviera grande amor á Inglaterra, ó que el segundo no amase á Francia? ¿Supone esto que concedamos una exagerada importancia al vivo interés que el primero mostró en sus trabajos para evitar la guerra franco-prusiana, y al gusto y presteza con que hizo el reconocimiento del Gobierno de Thiers después de la guerra, y á su acertada intervención para obtener de Prusia una rebaja en la indemnización exigida por ésta á la Francia? En modo alguno; así como tampoco habremos de hacer coro á los censores que acusaron á Wadigton de que favorecía los intereses de Inglaterra con perjuicio de Francia.

Lo que uno y otro verdaderamente revelaron en su política, fué efecto lógico de la educación: Gladstone se formó en Oxford, la Universidad más teorizadora y latinista de Inglaterra, la Universidad en la cual la Francia del presente siglo, altruista, romántica y enciclopédica, ejercía grande influencia. Para esta Universidad los ideales antiguos estaban sintetizados en la Roma imperial, los ideales modernos en París. Casi todos los publicistas latinizados proceden de Oxford.

Wadigton, hijo de un inglés y nacido en Francia, después de cumplir el primer periodo de su educación en París, va á Cambridge, á la gran Universidad verdaderamente inglesa, que siempre se pronunció y hoy se señala (diganlo probativamente los escritos teológicos del profesor de Antropología, Drummond), por el carácter estrictamente práctico de sus estudios.

Gladstone, escritor de acerada lógica y de muy bien trabada dialéctica, es aún en las cuestiones técnicas muy concretas, un verdadero generalizador, que da á sus ideas la amplísima perspectiva de todas las concepciones del alma francesa; y hasta en las cuestiones de hacienda, él, un gran maestro en la ciencia económica, muestra, como en las cuestiones de política colonial, un espíritu magnánimo, idealizador, contrario al espíritu egoísta del pueblo inglés, animal marino cuya crueldad y ferocidad son efecto sin duda de su aislada posición geográfica.

Gladstone ha sido un Ministro, un Presidente del Gobierno, un jefe del Estado que dejó tras de sí un partido militante, defensor de ideas aún no realizadas y tal vez demasiado vagorosas y generosas, atendiendo al positivismo y concreto exclusivismo de la política inglesa.

El foro, la Universidad, el comercio rico y la industria poderosa ofrecieron prontamente y con asombrosa fecundidad hombres nuevos para la nueva política que la Francia había de iniciar tras de las desventuras de la desdichada guerra francoprusiana. Tales hombres, casi todos ellos habían trabajado en el periodismo militante, perorado con fervorosa elocuencia en las reuniones políticas y todos conspirado contra el Imperio... pero si aquellas falanges de abogados, escritores y profesores jóvenes, y si muchos banqueros é industriales se mostraban deseosos y hasta impacientes, ¿y por qué no decirlo?, necesitados de satisfacer vanagloria y lograr provecho en la política, el insigne Wadigton tan sólo tenía y revelaba una ambición, la de realizar la reforma de la enseñanza pública.

En Inglaterra debió de lograr sin duda alguna (no es ilógico suponerlo) Enrique Wadigton, orden y regulación en los conocimientos arqueológicos adquiridos en Francia; mejor dicho, es dado suponer que las vivísimas afecciones que el joven sentía por las antigüedades, hubieron de satisfacerse con la enseñanza, siempre objetiva y experimental, de la Universidad inglesa; y ampliando su ilustración y enriqueciendo su cultura en viajes por Italia, Grecia, Asia menor, Palestina y Siria, tuvo como anticuario y epigrafista amor extremoso á las colecciones y á todo sistema ex-

(1) El ilustre articulista hace referencia, y nosotros nos complacemos en decirlo claramente, al actual Ministro de la Gobernación, D. Eduardo Dato é Iradier. (Nota de la Redacción.)

He aquí por qué, cuando Wadigton llega á la práctica política del Gobierno, quiere realizar su ensueño de siempre: la radicalísima reforma de la enseñanza, y modificar por completo el carácter de las escuelas francesas; achicar las aulas, para ensanchar los laboratorios; reducir las bibliotecas, para engrandecer los museos; confiar al plano esquemático, al cuadro gráfico, al diagrama y á la escueta técnica, hasta lo que correspondía y corresponderá siempre á las inspiraciones y á la elocuencia didáctica del maestro. Hacer las cátedras de menos lección y de más experimentación; curioso deseo el de hacer fríos, metódicos, pacientes, solemnes á los franceses transformándolos en ingleses.

Las imitaciones solamente pueden referirse al estilo, y un estilo más imitado que propio es semblanza de hipocresía; el *alienegismo* en política da siempre por resultado un efecto teratológico, como el que ofrece esta nuestra España, en la que el espíritu nacional, ó se revela impotente, ó se abate aletargado bajo estas sus apariencias y hábitos franceses, que disfrazan desde principios del siglo al pueblo español.

¿Qué venimos siendo sino espejo de plano, ora cóncavo, ora convexo, en el cual se copian por bulto y movimiento y en caricatura las formas y actitudes francesas?

Gladstone, defensor de Irlanda, fué llamado caballero andante, porque, en efecto, su nobilísimo espíritu de justicia, alzándose ante los lores y los comunes, era loable, pero había de resultar infructuoso, cuanto que no hay verdad política más evidente que aquélla expresada por el gran Canciller: «Tan sólo en la destrucción de Inglaterra se hallará la libertad de Irlanda»; frase en justa armonía con los formidables apóstrofes que á la satánica Babilonia dirigió O'Connell, el más grande orador de nuestros tiempos.

Lejos, muy lejos nosotros de negar nuestra admiración á las hermosas ideas de Gladstone, sólo debemos consignar que no era propio de la política inglesa el uso de tan amplia manifestación, y que de todos modos, siendo sin duda más grande en su impopularidad por una causa justa que en sus fortunas de Gobierno, Gladstone prueba que ni aun para la defensa de las causas justas, valió jamás el empleo de un medio y estilo contrarios al carácter nacional.

¿Tiene el nacionalismo representación en nuestra España? Importaría saberlo por lo que importar puede á la cultura política en general. Ya, realmente, ha pasado el tiempo en que se sucedían, moda tras moda, sectas políticas con su corporado de dogmas, como el constitucionalismo de Benjamin Constant, el doctrinalismo economista de Daniel Pagés, el criticismo de Thiers, el sociologismo de Thibergien y las utopías políticas de Proudhon; y el pueblo, que al verse obligado á resolver el problema colonial, tuvo olvidado entre el polvo de las bibliotecas los magníficos estudios de un ilustre español, D. Ramón María La Sagra, dejándose seducir por las malévolas declamaciones extranjeras, habrá de rehacerse acudiendo al rico caudal de su literatura política clásica, en la cual brillan como joyeles lucentísimos obras como las *Empresas políticas de Saavedra Fajardo y el Príncipe Cristiano*, del P. Rivadeneyra, obras de análisis moral y de circunstanciada crítica de los hombres de Estado. El estudio de los caracteres de los hombres de Estado, el estudio hecho con claridad y desprovisto de las pedanterías de técnica pretensión y de las necesidades de los *clotólogos*, es usado por los publicistas de otras naciones y fué distintivo de nuestra literatura política en los tiempos de nuestro mayor esplendor. De tal valor es el carácter del hombre político, que el Conde de Cavour decía: «Dadme un verdadero carácter, y con el punto de apoyo de una verdadera educación, imprimiré en Italia una verdadera política.»

El hombre de carácter se revela cuando, elevado á la cumbre donde se halla el guión y el timón del Gobierno, muestra tanta serenidad y templanza cuanta previsión y diligencia; cuando, parco en ofrecer y seguro en cumplir, revela clarísima vista para la comprensión pronta de los pormenores del Gobierno; cuando elabora reformas concretas, fruto de una instrucción positiva, y, por lo mismo, en el Parlamento se expresa con sencillez peculiar de los entendimientos que con toda seguridad comprenden aun las más arduas cuestiones, y con habilidad propia de hombre conocedor de los hombres, combate con éxito en un Parlamento en que aún persisten los oradores retóricos y los discutidores de malignos artificios, no cabe duda acerca de que dicho hombre es un notable estadista. Quizá por exceso de sentido práctico; quizá, en fin, por demasiado cauto, no rinda un culto muy fervoroso al ideal, y en

esta tibieza vengan algún día á perderse las más excelentes cualidades. Para librarse de este perjuicio, necesario es que cultive en su corazón el sentimiento de amor á la patria. Contra el alienegismo se defendió la Prusia, y á ello ha debido el mantenimiento del amor patrio, fuente de toda prosperidad y de toda gloria. El alienegismo es enfermedad propia de pueblos vencidos y envilecidos, y á tan ruin necesidad opónese aquel nobilísimo sentimiento que significa para una nación unión estrecha entre todos sus nacionales, sagrado respeto y culto á las tradiciones patrias, persistencia discretísima del derecho consuetudinario, mejoramiento gradual y factible, según juicioso estudio comparativo de lo añejo con lo nuevo, de lo propio con lo extraño, comunión de todo un pueblo en una misma fe, que para todos difunde la misma luz y el mismo calor; este sentimiento es el nacionalismo.

JOSÉ ZAHONERO.

CANALEJAS

Sus primeros pasos en el Parlamento como *orador*, distaron en mucho de proporcionarle lauros: pronto notó un abismo entre su habla y su inteligencia.

Le aconteció algo semejante á lo que á otro hombre eminente, al Sr. Moret. Fué tal el pavor que en los comienzos de su vida parlamentaria se apoderó de este orador insigne, que llegó por este solo motivo á escribir la renuncia del cargo de Diputado.

Felizmente, ha agigantado el Sr. Canalejas de modo tan extraordinario su facultad de hablar, que causó sorpresa y admiración verle y oírle durante el empeñado y elevado debate que, á consecuencia de su exaltación á la cartera de Hacienda, hubo de sostener con el señor Cánovas, debate y elevamiento que, dicho sea de paso, fué un torrente de vida para el partido liberal, vida de no vislumbrado término, á no haber sobrevenido acontecimientos que huelga recordar por ser de bien difícil olvido.

Hoy es un orador completo; no son la elocuencia ni la fogosidad sus notas más salientes; en este punto podrán igualarle y aun aventajarle muchos; á razonar, á verter sustancia, pocos; á construir, á corrección de lenguaje, nadie.

Esto excusa todo intento de referir el arte con que escribe; publicación diaria—aparte de sus obras—bien mimada del público, podría dar fe de este mérito.

En el Parlamento ocupa un lugar entre los primeros, lugar ni discutido ni dudado, ganado en buena lid, y sostenido por la fuerza de su inteligencia.

Posee una de las cualidades más estimables y utilísimas en los hombres públicos: oculta bajo una frialdad aparente (hija de la experiencia y de la necesidad), la vivacidad, el ímpetu, la pasión, el pugilato hercúleo y brioso en que viven la intención de sus actos y de sus ideas.

Esa vehemencia, que el freno de su saber apenas ha podido calmar, hále empujado tanto en ocasiones, y le ha proporcionado tantas restas á sus merecimientos, que bien puede afirmarse que ha sido el único, ó el más formidable de sus enemigos.

Gran sostenedor de los fueros y glorias de nuestra tribuna, ama el régimen parlamentario con idolatría, sin que esta adoración le impida reconocer que el sistema está viciado, y que se impone una poda que los principios de higiene política reclaman con hartos tiempos y razón.

Entiende, como el ilustre Azcárate, que, á pesar de los abusos que á su amparo se ejecutan, á la esterilidad con que fecundiza (1) con sobrada demasía sus labores, á los conatos de vasallaje y dictadura que, por la fuerza del número más que por la de razón ejecutan en ocasiones las mayorías, del sabor de casta de que está saturada la inmunidad del Diputado, y otros mil vejámenes, daños y corruptelas todos los días enunciados y

(1) Perdónese esta especie de contrasentido, en mérito á lo gráfico que hallamos el concepto.



combatidos; á pesar de todo esto, entiende, y con razón, que el actual sistema es preferible á todos los restantes para el buen gobierno de la vida nacional, hasta el extremo que, en ocasión bien solemne, afirmaba que su muerte «constituiría un verdadero atentado contra las libertades públicas y un acto de negra ingratitud hacia la cuna de nuestro derecho constitucional y de nuestra regeneración política».

A Canalejas le cabe la gloria de haber llegado á Ministro por el eco popular. La Corona no hizo más que refrendar lo que la opinión, con su certero instinto, había repetidas veces indicado.

En él, ha habido un comienzo de encarnación—felizmente no el único—del ansiado principio del gobierno del pueblo por el pueblo, procedimiento cada vez más cercano, aunque nunca con aquellos radicalismos con que lo solicitan los soñadores.

En la calle jamás se le adivina; su exterior no impone otra atención y respeto que la debida á cualquiera semejante.

De porte un tanto desaliñado, de espalda ligeramente pronunciada en su comienzo por la inclinación que hacia adelante dibuja siempre su cabeza, de paso nada tardío, ni corto, paso mecánico, más bien impulsado por la fuerza material de sus músculos, que subordinado á una voluntad, encerrado en sí mismo, y pensando en algo que durante la jornada se multiplica, por las consecuencias y derivaciones que saca, es capaz de cruzar Madrid sin ver ni oír nada.

No es hombre que se agita por rodearse de adeptos; esa labor déjala para sus amigos, que los tiene muy constantes y fervientes.

No se crea por esto que rehuye y desprecia la popularidad y el culto á sus talentos; lo que le ocurre es que la cabeza vence al corazón, y aquélla se estima digna de ser reverenciada sin otros auxilios.

Se levanta á las siete, se acuesta á las once, y trabaja el día que menos, diez horas.

Cuando viaja por el extranjero, su obsesión es frecuentar todos los teatros; en España *solo* va los domingos por la... tarde.

B. GARCÍA MUR.

El fetiquismo en política

Se señala, generalmente, como una demostración palmaria de nuestra total decadencia y ruina la «pérdida de la fe» en los ideales políticos. Y esto es un error. Yo no diré, como afirma Demolins en su ya célebre obra *À quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?*, que la «confianza en la política y en los políticos es uno de los más seguros indicios de inferioridad social»; pero lo que sí me parece averiguado y demostrado por la historia de todos los tiempos y de todos los países, es que el fetiquismo político, la idolatría por las formas de gobierno, la fe ciega, exagerada, inconsciente en el partido ó en la institución de sus amores y preferencias, marca verdaderamente la infancia de los pueblos. Así que tal pérdida de fe, siempre que no conduzca á esos extremos irracionales y bárbaros de condenar toda política, puede ser, en vez de un signo de decadencia nacional, un sintoma de principio de regeneración. Que el pueblo aparte su culto de las formas y ponga su amor y su creencia en las substancias y en las realidades, no debe entristecernos, porque acaso indique que va entrando en su mayoría de edad.

Siempre que ocurre una crisis honda, profunda, en la entraña de un pueblo, sobre todo cuando éste no logra aplicar inmediato remedio á sus males por una revolución, el resultado es la absoluta desconfianza en los hombres de partido y en sus soluciones. Si es reflexiva, conducirá á buscar en reformas sociales la medicina á sus dolencias; si es puramente instintiva, dará ocasión á sucesivos trastornos sin determinada y positiva finalidad, expresión tan solo de su malestar, pero que igualmente habrán de preparar por un lento proceso evolutivo algún acto de su voluntad soberana, no parecido á los actos anteriores de su historia. De todas suertes, la vida no se paralizará, y una prueba de que ésta continúa será precisamente la protesta contra el fetiquismo político, de que tanto padeció.

La desconfianza reflexiva llevaba á Taine, al gran filósofo Taine, á plantearse el problema de la total organización política al salir de la gran crisis del 48 y entrar en el Imperio. Decía el autor de los *Origines de la France contemporaine* que, al contar veintiún años, y teniendo que elegir quince Diputados, según el uso entonces de la ley francesa, su indecisión y su embarazo eran muy grandes, porque no sabía, no sólo por qué clase de hombres inclinarse, sino que ni siquiera qué género de teorías adoptar. Se me proponía—añade—ser realista ó republicano, demócrata ó conservador, socialista ó bonapartista. Yo no era nada de todo eso y aun nada en política, y me sucedía frecuentemente enviar á gentes convencidas que tenían la suerte de ser alguna cosa. Después de haber escuchado—continuaba diciendo Taine—las diferentes doctrinas, reconocía que había, sin duda, una laguna en mi espíritu. Lo que eran motivos de peso para decidirse por una solución en otros, no lo eran para mí; yo no podía comprender que en política bastasen preferencias de simpatía para resolver. Las gentes convencidas construían una constitución como una casa, según un plano, unas veces hermoso, otras nuevo, otras sencillo. Había muchos en estudio: hotel de marqueses, habitación burguesa, barrio de obreros, cuartel militar, falansterio de comunistas y aun campamento de salvajes. Cada uno de los constructores decía de su modelo: «He aquí la verdadera morada del hombre, la única que un ser racional y digno debe habitar». Y á eso contestaba Taine que el argumento le parecía pobre y débil, porque los gustos personales carecían de autoridad para determinar la verdadera conveniencia del país.

Se me antojaba—proseguía el filósofo tal vez más grande que haya tenido Francia en este siglo—que una casa no debe ser construida según el capricho del arquitecto, sino según la voluntad y la idea del propietario que ha de vivir en ella. Preguntar su parecer al propietario, someter al pueblo francés los planos de su futura habitación, era demasiada pretensión; en tal caso en la pregunta, en el modo cómo fuera ésta formulada, iba envuelta la respuesta, y además no se hallaba en estado de darla porque diez millones de ignorancias no constituyen un saber. Un pueblo consultado podrá en rigor decir la forma de Gobierno que le place, pero no aquella de que tiene necesidad; no lo sabrá más que con el uso; necesitará tiempo para comprobar si su casa política es cómoda, sólida, capaz de resistir el viento ó la lluvia, apropiada á sus costumbres, á sus ocupaciones, á su carácter, á las singularidades de su temperamento y genio. Y en la prueba, los franceses no han estado casi nunca contentos de su casa; trece veces en ochenta años la derribaron para construirla de nuevo, sin que todavía la hallen á su gusto. Si otros pueblos han sido más dichosos, si en Europa hay algunas habitaciones políticas sólidas y que subsisten indefinidamente, es que han sido construídas de un modo particular, alrededor de un molde primitivo y macizo, apoyándose sobre algún viejo edificio central, muchas veces remendado, pero siempre conservado, ensanchado por grados, apropiado por tanteos y alargamientos á las necesidades de los habitantes. Ninguna de entre ellas ha sido edificada de un sólo golpe, por un patrón nuevo, y según las únicas medidas de la razón. Es posible, en virtud de esos ejemplos, que haya que admitir que no existe otro medio de construir verdadero, y que la invención súbita de una constitución nueva, apropiada, de larga vida, es una empresa que excede las fuerzas del espíritu humano.

En todo caso—concluía Taine—si alguna vez descubrimos lo que nos hace falta, no será por los procedimientos en boga. En efecto, se trata de *descubrir* si la casa existe, y no de encomendar al capricho de un plebiscito su existencia. Por adelantado la naturaleza y la historia han elegido por nosotros, y fuerza es acomodarnos á ellas, porque ni naturaleza ni historia se acomodarán á nuestro simple gusto y preferencia. La forma social y política en la cual un pueblo puede entrar y *quedarse*, no está entregada á su libre arbitrio sino á su carácter, á su complexión, á su estructura. Es preciso que hasta en sus menores detalles se amolde á los rasgos vivos á que se aplica; si no estallará, caerá en pedazos. Por eso si alcanzamos á encontrar nuestra casa, únicamente será estudiándonos á nosotros mismos, y cuanto más permanezcamos siendo lo que somos, más acertaremos con lo que nos conviene. ¡Cuánto tiempo, cuántos estudios, cuántas observaciones rectificadas una tras otra; cuántos buceos y sondeos en el presente y en el pasado, en todos los dominios del pensamiento y de la acción, qué trabajo multiplicado y secular para adquirir la idea exacta y completa de lo que es un gran pueblo que ha vivido edad de na-

ción y que vive aún! Pero es el solo medio de no constituir en falso, después de haber razonado en el vacío.

Claro es que el pueblo español, después del desastre, no hace ese examen de conciencia que pedía se hiciese Taine antes de emitir una opinión, un voto. No le dejan tampoco ese cuidado porque, por lo común, los gobiernos se encargan paternalmente de votar por él y de imponerle la opinión que dicen le conviene. Aquí no suele hallarse el elector en ese *embarras du choix*, ó porque le falsifican su papeleta ó porque no sale de su casa para buscarla. Pero, en fin, y á falta de tal examen profundo y reflexivo, el instinto le dicta á nuestro pueblo que no debe fiarse como hasta hoy se fió con fe religiosa de cuantos planos le presentaron los arquitectos políticos para construir de nuevo su habitación nacional ó para echarle un remiendo. Antes creía que bastaba á su felicidad adoptar uno de esos planos para tener súbitamente una casa cómoda y sólida. Ahora empieza á notar que la naturaleza y la historia le dicen que solo si la asienta sobre firmes cimientos le durará. De ahí que, mientras desconfía de recetas milagrosas que por la virtud de un sable, por ejemplo, han de mudar en un santiamén la faz del país, mientras que va teniendo mayor repulsión á dejarse matar por fórmulas de pura razón que no entiende, se acoge más y más á que se robustezcan en un caso ó se resuciten en otro los moldes de la *vida local*, que son moldes primitivos y macizos para edificar sobre ellos su habitación nacional.

La desconfianza, como muy bien observa el Sr. Alba en su notable *Prólogo* á la traducción de la obra de Demolins, reviste en ocasiones formas anárquicas por «la invencible incredulidad de la masa que, escarmentada por una experiencia tan larga y dolorosa, oye discursos y programas como quien oye llover, sin mover un pie ni desarrugar el entrecejo. Se ha abusado tanto de la retórica y tan poco de la sinceridad, que la gente no sabe contestar otra cosa que: ¡Bah! Del dicho al hecho... *Todos son iguales*. Esto lo oiréis en casa, repetido hasta por las mujeres y los jovencuelos, en la calle, en el café, en las tiendas, en los talleres, en las fábricas. Es un estado del espíritu nacional, que comprende á muchos políticos, quienes también así se expresan en la intimidad. Falta la fe; y sin fe—lo diremos con una frase popular—no se va á ninguna parte».

Preciso será combatir esas formas anárquicas de la desconfianza pública, pero sin desesperar por ello de que la fe venga, por cuanto ya hay señales de que no desaparece y se extingue del todo, sino lo que hace es trasladarse de objeto, de fin. En efecto; pensad que en tanto es muy dudoso, sino imposible que se alzara nadie, ni que nadie se moviera de su casa, para seguir el grito de cualquier general pronunciado—que por otra parte, ya no se pronuncian mirándose en el espejo del general Roget en Francia, al que le fracasó su intentona de Reuilly, de acuerdo con Deroulede, por el instinto *legalista* de su caballo, que no quiso de ninguna manera ir al Eliseo;—pensad, digo, que en tanto eso sucede y la masa permanece indiferente, y algunas veces hostil á las solicitudes, no muy ardientes ni mucho menos heroicas de caudillos en mayor ó menor grado derrotados, se alistan cada día más gentes en las banderas socialistas. Lo cual prueba que el pueblo no permanece inactivo ni inerte, y que si ha perdido gran parte de su fe en las reivindicaciones políticas, es porque ha puesto su entusiasmo y su pasión en las reivindicaciones sociales, en las luchas del trabajo con el capital, en la conquista del pan.

El hecho no es nuevo, y ya lo hace notar en el prólogo citado el Sr. Alba, pues en pleno período revolucionario, cuando lograba mayor auge la fiebre política, en 1873, «la Internacional contaba en España con 270 federaciones regionales, 300.000 afiliados y 10 periódicos». Hoy se ve que mientras otros partidos políticos avanzados se declaran por el retraimiento y abandonan el sufragio cual si del Monte Aventino fuera á surgir la república, los socialistas, hombres de progreso, imitando á sus colegas alemanes y á sus colegas franceses y belgas, y á sus colegas de todas partes, utilizan cuantos medios les da la ley para conquistar la posesión del poder para la clase trabajadora. Y siendo así que en las elecciones de 1891 tan sólo alcanzaron 5.000 votos, en las últimas de 1899 obtuvieron los candidatos socialistas 23.000 votos. Y mientras que los republicanos lograban en las elecciones del 93 el triunfo completo de sus candidatos en Madrid, dándose el caso nuevo, extraordinario, único de que hubiera 23.000 votantes verdaderos que dieron el acta en la capital de España á Ruiz Zorrilla, á Esquerdo, á Pi Margall, á Salmerón, no como aquellos 54.000 que derrotaron al Marqués de Cabriñana, y cuyo domicilio y vecindad se hallaba en los cemen-

terios de la villa, mientras que en el 93, decimos, obtuvieron los republicanos un éxito tan señalado y memorable, en las últimas elecciones del 99 no han sacado ningún Diputado por Madrid, y en las anteriores del 93 uno solo. Yo no sé si esto demostrará que ha desaparecido la fe política ó si más bien será producto del desdichado sistema de vencer por el sufragio y luego retirarse de las Cortes haciendo trizas el acta, ó, si en suma, dependerá de la atonización y división de los republicanos; pero sea lo que quiera, no servirá de argumento contra el pueblo, sino contra sus directores y guías.

El pueblo, á pesar de esa su desconfianza mortal, ansioso está de que le lleven á la batalla y de que le den un programa y una bandera y un ideal. De otro modo no se comprende ese creciente alistamiento de los trabajadores en el partido socialista, trabajadores que antes formaban en línea en los partidos republicanos, y especialmente en el federal. Los socialistas han comprendido que su masa tendría como gran fundente el colegio electoral, y á conquistarlo con paciencia, con perseverancia han dirigido todos sus esfuerzos y todas sus energías. Allí, en las urnas, no obstante la presión de los gobiernos, sus mañas, sus ilegalidades, sus pucherazos, sus atropellos, sus barrabasadas de todo orden, han fundado su partido, y no con promesas vanas de una redención que les viniera de lo alto y por tránsito brusco y súbito y providencial de la sociedad existente á la sociedad soñada.

Así proceden los socialistas en todas partes. En Alemania pasaron de la propaganda del «Socialismo de Cátedra» con los Schäffle y los Engel, por ejemplo, á la propaganda del voto con los Bebel, que les ha conducido etapa por etapa á ser el partido más numeroso y mejor organizado del Imperio. De las elecciones del 77, por ejemplo, en que tuvieron poco más de cuatrocientos mil sufragios, á las elecciones últimas, en que han pasado del millón, hay una distancia tremenda que recorrer, en un país organizado por la guerra y para la guerra, y, sin embargo, la han recorrido por el constante esfuerzo del voto, que es el mejor sable y el mejor fusil de las democracias modernas. El socialismo en Bélgica ha llegado á ser un partido tan preponderante, y á tener tal fuerza en el Parlamento, que sin él, sin su benevolencia y tolerancia, no puede existir ningún Gobierno. En la memoria de todos está la lucha épica de los socialistas, dirigidos por Vandervelde, contra el Gabinete de Vanderpeereboom, lucha que fué una verdadera revolución, en la que aquéllos, tomando por bandera el sufragio universal, derrotaron el proyecto clerical y reaccionario de la Representación Proporcional, hasta lograr que el Rey Leopoldo se inclinase ante su voluntad, rodeando la Monarquía de hombres y de instituciones cuasi republicanas.

LUIS MOROTE.

(Se continuará).

BOERS Y VITLANDERS

Aun cuando tanto se ha escrito ya acerca de la homérica lucha que en el Sur africano viene sosteniendo el pueblo boer, la generalidad de nuestro público, hasta ahora, no ha pasado de ver en el fondo del cuadro transvaalense objeto hoy de la universal atención, sino las sombras siniestras que en él proyectan las sempiternas codicias de la pífida y odiada Albión de las tradiciones, puestas de relieve desde el punto y hora en que llegó á intervenir con fuerza armada en esta contienda privativa entre boers y vitlanders.

Natural y lógico pareció que al comenzar tal lucha, el alma nacional española se sintiera electrizada por el viril desnudo de un pueblo de 40.000 esclavos que se lanzaba á arrojar su guante á una nación poderosa que cuenta más de 300 millones de súbditos, y hoy por hoy es la más grande potencia colonial y marítima del mundo.

Inspirada siempre nuestra razón en el sentimiento del derecho, que condena la violencia y el crimen de las naciones poderosas cuando pretenden erigirse en árbitras y dueñas de nacionalidades libres, tenía que encontrar doblemente simpático el heroísmo boer, que llegaba á recordarle aquel legendario arrojito castellano, ya por su desdicha muerto ó en entredicho.

Pero mal podía, sin penetrar hasta la entraña del asunto, percibir ni columbrar siquiera las figuras más secundarias, aun cuando no menos interesantes, que en él se mueven, y que en 1895 fueron ya las factoras de la revolución de Johannesburg, lo mismo que ahora, indudablemente, han sido las primeras, si no únicas, fuerzas poderosas que han determinado el conflicto y, por consecuencia, la actual campaña anglo-boer.

Dicho se está que no tienen ni pueden tener relación con tales fuerzas las de los verdaderos indígenas sudafricanos, que dentro de su propia casa están privados de todo derecho, y hasta incapaces

citados por la legislación boer—en esta parte poco inspirada en el principio de igualdad entre los hombres,—lo mismo para adquirir tierras, metales y piedras preciosas, que para ejercer otras funciones y derechos, exclusivos de una raza absorbente, que mantiene en el Transvaal al misero negro en la servidumbre más abyecta.

Mucho menos pudo ser causa originaria de la guerra la población blanca, que por profesar el catolicismo ha estado privada también en el Transvaal hasta hace menos de dos años, de poder ejercer empleo y hasta oficio alguno, en revancha sin duda de aquella revocación del Edicto de Nantes, que durante doscientos años no pudieron olvidar los boers.

Dueño y señor exclusivo por derecho de conquista del país el patriarcado boer, nunca ha encontrado en el Transvaal más competidores ni rivales—aparte de las razas indígenas y los ingleses, de cuyas luchas nos ocuparemos luego,—que a los extranjeros de diversas procedencias denominados *vitlanders*, que siendo los que han creado la riqueza del país y los que sostienen todo el peso de las cargas públicas, se juzgan víctimas de una oligarquía republicana, que sobre abrumarlos con tributos onerosos y vejaciones sin cuento, tampoco le otorga, sino en muy excepcionales casos, el preciado derecho de ciudadanía, al que aspiran y creen tener bien ganado, en una nación que han elevado al próspero estado en que se encuentra.

Lo natural hubiera sido que tratándose únicamente de antagonismos puramente locales, producidos por diferencias administrativas y políticas, los conflictos entre boers y *vitlanders* se resolvieran sin intervención extraña, y únicamente en la forma que a entrambos conviniera.

Pero nunca ha sucedido así, y hoy, lo mismo que en 1895, sus hondos desacuerdos han sido el origen, si no el pretexto, de esa lucha sangrienta que, mantenida por Inglaterra, tiene que aparecer forzosamente como inmerecida afrenta a la dignidad y sacrosanto derecho de un pueblo civilizado y libre.

Tal vez por su egoísta administración y su política estrecha, persistente también en impedir la fusión de las razas, y por lo tanto la formación de los Estados Unidos sudafricanos, preparada por la Geografía y por la solidaridad de todos los intereses, merecieran los astutos boers una lección de sus administrados.

Desnaturalizada la cuestión por la soberbia inglesa, y pretendiendo ésta resolverla por la fuerza y en su exclusivo provecho, no sólo ha logrado ya con ello atraer las simpatías y la admiración general en favor del oscuro pueblo boer, lo mismo que en otro tiempo las trajo la desventurada Polonia, sino que acaso ha iniciado, con su intervención hasta ahora desastrosa, el comienzo de la dislocación de su inmenso imperio.

Dos siglos vividos en el silencio de las grandiosas soledades africanas, sin relaciones con el resto del mundo, sin artes ni libros, y en luchas incesantes con las belicosas tribus salvajes, han hecho del boer un tipo de singular relieve.

Al emigrar de la patria nativa por no querer perder su libertad de conciencia, demostró ya lo arraigadas que tiene sus creencias y lo que sabe amar su independencia.

Encariñado con los recuerdos tradicionales, el boer de hoy es la personificación del conservador estacionario, al que ni subyugan ni atraen las novedades ni maravillas de las cosas modernas.

Abrigando escasas ó muy limitadas ideas, sabe sostenerlas con la firmeza y convicción con que se inspira en la Biblia, en la que aprende á leer, y en la que se traza la norma inalterable de conducta.

Acostumbrado á las emigraciones continuas desde que los ingleses ocuparon el Cabo de Buena Esperanza, y obligado á llevar siempre el fusil en la mano para combatir, lo mismo con los cafres que con los súbditos británicos, no ha adquirido este holandés, caldeado por el sol del Africa, los hábitos regulares del trabajo, que caracterizan á los campesinos del resto del mundo.

No es agricultor, porque la tierra demanda asiduos cuidados y largas faenas que encomienda á su servidumbre de color para que las lleve únicamente en la medida que requiere la sobria alimentación de su familia.

La hacienda más saneada y atendida del boer constituyenla sus rebaños, que por ser riqueza que puede arrastrar siempre consigo, la estima y tiene en más que al terruño, al que desdeña por su condición de bien inmueble.

Pastor medio nómada, jinete y cazador lo mismo de fieras que de hotentotes; alimentándose de las flacas cosechas que de prisa recolecta, y apagando la sed en los ríos que cruza, no ha sentido en los dos siglos que lleva de tal existencia la necesidad de modificar sus hábitos ni sus gustos.

Aspirando el ambiente de una sociedad primitiva, sin refinamientos ni lujo, no siente ni el estímulo de ejercer más industrias que las de los rudimentarios oficios que le forjan el hierro para sus útiles de labranza ó le fabrican los enseres de uso doméstico con carpintería tosca y grosera. No le seducen tampoco las transacciones del comercio, ni concibe la celebración de ferias ni mercados, á los que no se avienen mucho sus hábitos heredados, de rehuir el trato y roce con los hombres de los negocios y la industria llegados al país por el cebo de las especulaciones mineras.

Vivaqueando, más bien que establecido con su familia en grandes dominios y en apartadas granjas, el taciturno boer, que no se presta fácilmente á recibir las visitas de los extranjeros, ni suele comunicarse con sus conciudadanos más que muy rara vez, fuera de las fiestas religiosas ó en caso de excepcional circunstancia, no es por naturaleza ni emprendedor ni activo. Que los cafres le dejen

en paz y los ingleses no trabajen en su daño es lo único que desea y lo que le preocupa. Lo demás le inquieta poco ó nada.

Exceptuando al *koru-boer*, que es el que suele llevar á las ciudades á vender sus legumbres, el resto de esta raza original rehuye cuanto puede el acercarse á los centros de cultura.

El poder y las altas posiciones no excitan tampoco en el boer la ambición ni el estímulo, y deja su desempeño y el placer de que sacrifiquen sus intereses personales por ejercerlos á los viejos guerreros y los ciudadanos más pudientes, hábiles en comentar la Biblia, seguros de que éstos no han de pensar en enriquecerse ni hincharse de soberbia en el poder, cual sucede en países menos atrasados.

La legislación boer, hasta que se ha erigido en tutora de una inmensa comunidad industrial, era, por otra parte, tan simple como los intereses que estaba llamada á regir y conciliar.

Algunas prescripciones acerca de la partición de bienes, algo sobre la policía y vigilancia de los negros, así como lo relativo á los pastos y los robos de ganados, bastaban para tener asegurada la placida armonía y sosiego de la República.

La modesta vida del boer y la sencillez de sus asuntos públicos no podían prepararle para legislar dignamente respecto á los altos intereses y complicados asuntos que hoy está llamado á defender y representar.

Mas no es el improvisado legislador tan ininteligente y poco avisado como era de suponer. Receloso y astuto, acaso en mayor grado que nuestro secular paisano gallego; lento en concebir y ejecutar, no suele hablar nunca sino interrogando, ni tiene nuestra mala condición de cuestionar, subiéndosele la sangre á la cabeza.

Conservando toda la flemma holandesa, aun cuando sienta la curiosidad característica del aldeano, sabe la ciencia de disimular y hacer creer que no ve ni aun lo que le salte á la vista.

Bueno y hospitalario, conoce el medio de mantenerse á la defensiva siempre, y faltándole inteligencia para conocer dónde puede estar realmente el peligro de ser engañado, opta, para no equivocarse, por suponerlo en todo.

Y este excelente ciudadano, que por sus buenas cualidades privadas, su valor, lealtad y cariño á la familia, se hace tan digno de admiración y respeto, muéstrase siempre imposible de abordar ni convencer de ningún modo.

Con la terca voluntad del boer no se puede entrar en explicaciones en ningún caso.

Celtibero resucitado, el boer actual es el producto más antitético de las razas latinas, que los anglo-sajones han proclamado moribundas, y con las cuales les ha sido más fácil que por lo visto habrá de serles con los boers saborear todas las dulzuras del despojo.

No menos violento contraste que con nosotros ofrecen los boers con los *vitlanders*.

Es éste el genuino hombre moderno, lo mismo que aquéllos son los hombres primitivos.

Insinuante y atractivo; dispuesto á plegarse sin ceño y sin trabajo á todas las situaciones en las que pueda percibir y redondear un negocio cosmopolita, lo mismo que el boer es nacionalista celoso; no se preocupa el *vitlander* por la dificultad de tener que entenderse con gentes que no hablen su lengua y no sean de su religión ni de su raza.

Lo que el inculto boer de los campos sacrifica á la parsimonia y la cautela, el *vitlander*, civilizado en los grandes centros, suele otorgarlo á la actividad y á lo impensado.

El uno es la linfa; el otro los nervios.

Cuando llegaron los *vitlanders* al Transvaal juzgaron cosa fácil poder llegar á dirigir á los boers, no contando con que podrían encontrarse con una nacionalidad tan compacta y recelosa.

El origen inglés de muchos de los industriales recién llegados hizo aumentar el desvío de los boers, que después del sentimiento del amor á su independencia no tienen otro que más les excite que el de la desconfianza de Inglaterra, sentimiento nacido lógicamente del primero, puesto que á la nación inglesa es á la única que juzgan en actitud sospechosa.

Acogieron, sin embargo, sin resistencia los boers á los *vitlanders*, porque buenamente no podían levantar una muralla china para impedir la pacífica invasión, y hasta se mostraron resignados por la llegada de tantos industriales, que sobre comprarles sus yermos terruños á elevados precios, enriquecían poco á poco la comarca con sus enormes dispendios particulares, y engrosaban, por último, el Tesoro nacional, tan quimérico hasta entonces.

Acostumbrados los extranjeros á encontrar más grata acogida en otras comarcas del Africa, no tardaron en comprender que no pasarían nunca de ser en el Transvaal sino trasunto vivo del pasajero huésped, á quien alberga y esquilmaba á la vez, sin conciencia, el dueño de la posada.

Ya para nadie es un secreto que, antes de la explotación de los campos de oro, el Transvaal era un país miserable; que en él no había ni riqueza pública ni privada, ni crédito ni porvenir ninguno; que era su numerario tan escaso, que ni aun moneda nacional existía, y que en su pasada guerra con los ingleses, hasta había tenido el transvaalense que cargar sus fusiles y su cañón único con piedras por no tener ni dinero para comprar balas.

Todos hoy saben que allí no existían poblaciones, ni caminos, ni telégrafos, ni nada, en fin, de lo que exige y requiere la civilización y la vida moderna, y que al nacer la industria minera la metamorfosis fué tan instantánea que hoy el Transvaal es el

primer Estado del África austral, y que su Tesoro público ha llegado á tener una reserva de más de cuarenta millones en oro. Y por todo esto es por lo que dicen los vitlanders: Ese inmenso progreso, esa rápida transformación de un desierto elevado al rango de los países más ricos del mundo, es á nosotros, es á nuestra industria á la que únicamente se debe; los tesoros que hemos arrancado á la tierra, es indudable que al país pertenecían; mas, como quiera que solo nosotros llegamos á averiguar su existencia, á extraerlos y hacerlos valer, resulta que, sin nosotros, hubiera sido como si no existieran.

No pueden negar los boers que á los extranjeros, efectivamente, deben la prosperidad y riqueza de la patria; pero escudan la gratitud diciendo que los vitlanders, que llegaron pobres al Transvaal y en él han hecho sus grandes fortunas, debieran ser en realidad los agradecidos.

Aun cuando planteada la cuestión en tal forma, fácil es comprender que con un poco de buena fe por una y otra parte, hubieran podido al fin entenderse boers y vitlanders como dos colaboradores que, no pudiendo nada el uno sin el otro, acaban por prestarse ayuda mutua y fraternal apoyo.

A. PÉREZ RIOJA.

CRÍTICA PARLAMENTARIA

Las actuales Cortes son un hermoso caso clínico.

No diré yo que sean espejo de la nación. ¡Ojalá no! La nación está muy enferma, pero quizás no tanto, ó, por lo menos, no padece la misma enfermedad. Casi está uno tentado por celebrar que aquí no se haya resuelto la cuestión que preocupa en otras partes y referente á la organización más adecuada del sufragio, para que el Parlamento resulte eso, el espejo de la nación, algo así como la reducción á una escala, verbi gracia, de 1 por 50.000 de las fuerzas y corrientes que imperan en el espíritu público. Vale más, en verdad, creer que las Cortes son el espejo ó reproducción al natural, y sin escala alguna, del encasillado, y que sería posible reunir las mejores.

Porque, realmente, si el Parlamento que ahora padecemos y gozamos respondiese con absoluta fidelidad al ideal á que me refiero, el Parlamento espejo de la nación, tendríamos motivos más que sobrados para entregarnos al más desesperado y negro pesimismo. Sería preciso, por ejemplo, pensar que aquí no hay juventud política, que estamos sin elemento alguno intelectual de porvenir y que este pobre país ha dado de sí cuanto tenía que dar en punto á fuerzas directoras, de empuje, de la gobernación del Estado, con las dos ó tres últimas generaciones de políticos más ó menos retóricos, pero al fin políticos de cierto fuste.

La nota más característica, aunque esto parezca extraño, de las actuales Cortes, es la de que no ofrezca nada nuevo, comparadas con las anteriores.

Y, francamente, por las circunstancias en que se han elegido y la misión que esas mismas circunstancias le imponían, debía y, quizá, podía esperarse otra cosa.

Analícese su composición. Prescindamos de los veteranos. Son bien conocidos; son de la misma letanía que hace veinte años, con excepción de las bajas naturales: Sagasta, Silvela, Moret, Pidal, Azcárate, Gamazo, Romero Robledo, Pi, Vega de Armijo, Canalejas, Villaverde, Maura y demás ministros y exministros, con más otra lista de ministrables, veteranos también, ó que merecen serlo por la edad ó otras circunstancias especiales.

Y bien, decía, prescindamos de los veteranos. Pero entonces, ¿qué nos queda?

Estas Cortes han sido elegidas en momentos extraordinarios; en la historia de España, el año 1899 figurará como un año terrible; la crisis del país no diré que haya sido, políticamente hablando, más honda que en 1869, después de la Revolución de Septiembre, pero sí más dolorosa, más grave en definitiva.

Ahora bien; ¿cabe comparar las Cortes aquellas de 1869 con las actuales? Las Cortes de 1869, aun rebajando por toneladas los derroches retóricos, representan verdaderamente un despertar nacional á la vida de la política moderna. No sé si fueron espejo de la nación; pero en fin, de una nación que producía aquellas Cortes, como de la nación que produjera las de Cádiz, podía esperarse algo; de la nación que acaba de producir las Cortes actuales, si no fuera capaz de reunir las mejores, no podría esperarse nada.

Porque es terrible la falta de horizontes que al país presentan las actuales Cortes.

No se ha revelado en ellas esperanza alguna; nada nuevo nos

ofrecen; es decir, sí; pero no bueno: aquí, lo poco bueno que hay, es viejo. Ni la mayoría—una mayoría que debía ser *selecta*, por aquello de la selección acariciada por sus directores—ni las oposiciones, presentan lo que podía desearse; algo que implicase un síntoma de vitalidad y de renovación política; á saber: personalidades juveniles, de empuje, gentes de refresco, con ideas en la cabeza, con entusiasmo en el alma, con aspiraciones y aptitudes y facultades para realizarlas; en suma, el posible reemplazo del personal político anterior gastado, averiado ya en gran parte, y en su mayoría sin autoridad suficiente para acometer la serie de operaciones quirúrgicas que nuestra podrida administración exige.

Así ocurre que cuando las gentes se preguntan cómo, á pesar de los fracasos tremendos de la mayoría de nuestros parlamentarios en activo servicio, siguen éstos imperando en el Gobierno y en el Parlamento, lo primero que á uno se le ocurre contestar es que no hay quien los sustituya.

Y así es, en efecto; á lo menos en el país que se refleja en las Cortes.

Fracasados y no fracasados, los políticos anteriores al desastre son los que tienen que tratar las graves cuestiones surgidas en el Parlamento; nadie llega á hacerlo mejor que ellos; qué digo mejor, ni mejor, ni peor, ni de ninguna manera. Cuando alguno de los recién llegados tercia, es un verdadero desencanto.

La Marina ha tenido que ponerla en solfa el Sr. Maura. Las leyes sociales las han discutido, sobre todo, los Sres. Azcárate y Dato. La Tabacalera la han triturado el Sr. Maura y D. Tirso Rodríguez. Y la enseñanza... ¿Qué sería de esta discusión en el Congreso sin la intervención del Sr. Azcárate, las declaraciones del Marqués de Pidal, el discurso del Sr. Canalejas, la acometida contra los reaccionarios del Conde de Romanones y los discursos del Sr. Nieto y de algún otro... conocido en Parlamentos anteriores?

Y cuenta que la ocasión se prestaba.

Ahí es nada, discutir el problema de la enseñanza pública en los momentos en que todos pedimos una regeneración nacional, y en un país en que—todos estamos conformes—el padecimiento más grave consiste precisamente en una ignorancia terrible, difundida por todas las clases sociales...

¡Ah! ¡Qué por debajo del ideal ha quedado esta vez nuestro Congreso de los Diputados en la discusión del presupuesto de Instrucción pública!

Pero se dirá: ¿es que el país podía, manejando el manubrio electoral de otra manera, enviar á su Parlamento otra gente *nueva* mejor? ¿Por ventura en esas Asambleas de comerciantes y de agricultores se ha revelado el país á mayor altura con hombres del porvenir de más empuje que en las Cortes?

Habría mucho que decir sobre esto, y sería menester personalizar demasiado para contestar á esas preguntas.

Pero aunque fuese cierto que las Asambleas á que se alude no han resultado cosa mejor que las Cortes, sería preciso advertir que el carácter exclusivista y de clase de aquellas no era el más á propósito para remover los elementos sociales y seleccionar un personal político superior.

Por mi parte creo que las Cortes están en general por debajo del nivel intelectual y político del país que piense y discurra, con no ser aquél excesivamente elevado. No me atrevería yo á afirmar que haya entre nosotros una juventud animosa, bien orientada y suficientemente numerosa para provocar por sí sola una acción política digna de reflejarse en el Parlamento; pero es indudable que hay cierta juventud, escasa, sin duda, que no ha llegado al Parlamento.

Y lo peor no es eso. Lo más grave es—y aquí está la indicación más importante de mi crítica—que aun cuando en este país hubiera un movimiento intelectual renovador en la juventud; aun cuando aquí la juventud, ansiosa de un renacimiento moral, fuese tan numerosa como el deseo la pinta, no iría, no podría ir al Parlamento mientras no rompiésemos de veras muchos moldes y muchos crisoles de los que se usan en la industria política. De tal manera se ha organizado la acción de los partidos, se ha viciado el mundo político desde el centro á los extremos todos, y se ha cerrado el acceso natural á la lucha política, que es punto menos que imposible que el joven que quiera ganarse la vida como Dios manda—como no tenga vocación de héroe—se atreva á pelear por nada que por la política se obtenga.

ADOLFO POSADA.

Profesor de la Universidad de Oviedo.



LOS SENADORES

LOS DIPUTADOS

D. Eduardo Cobián



Nació en Pontevedra, y tiene cincuenta y siete años. Es Abogado de nota y nunca ha querido desempeñar cargo alguno. En las legislaturas de 1886, 1893 y 1896 vino al Congreso, y en 1898 entró en la alta Cámara elegido por la provincia de Orense. Igual prerrogativa ostenta en las Cortes actuales. En el Congreso y en el Senado ha pronunciado notabilísimos discursos, siendo impugnadas sus brillantes oraciones por los más conspícuos hombres públicos.

En 1887, defendiendo un voto particular, fué combatido por el Sr. Castelar. En el 89, formando parte de la Comisión del Mensaje, contestó muy acertadamente a los Sres. Cánovas del Castillo y Villaverde.

En las Cortes del 94, como individuo de la Comisión, discutió el Arancel con el señor Navarro Reverter, y en la legislatura del 95, defendiendo el ducado de Terranova, luchó con los Sres. Xiquena, Cos-Gayón y Carvajal. Su labor en el Senado es muy reciente y ventajosamente conocida, interviniendo en la discusión de los presupuestos de las fuerzas de mar y tierra y reforma del Código penal.

Su acreditadísimo bufete prueba su inmenso valer como jurisconsulto.

Marqués de Magáz

Es decano de la Facultad de Medicina de Madrid y ha sido largo tiempo Consejero de Estado. Diez veces consecutivas ha representado como Senador a la Universidad de Barcelona, siendo reelegido constantemente en todas las situaciones políticas, caso especialísimo del que no hay ejemplo en nuestro país.

En el mundo científico, su nombre es una autoridad indiscutible. Cada cierto número de años la Real Academia de Medicina concede un premio a la mejor obra de Medicina que se publique.

Esta honrosa y valiosísima distinción fué obtenida por el Marqués de Magáz.

La obra laureada fué su *Tratado elemental de Fisiología humana*.

Se han agotado ya cuatro grandes ediciones. Varios importantes folletos profesionales y multitud de trabajos literarios completan la bibliografía de este fecundo y singular hombre de ciencia.

Posee la gran cruz de Isabel la Católica, es Comendador de número de la de Carlos III, y el título de Marqués de Magáz es el único que se ha dado en España a propuesta del Consejo de Instrucción pública en pleno y por unanimidad.



D. Sebastián Pérez García



No sobrada razón se envanecen los habitantes de Almería al tener un representante cerca de los poderes constituidos como el joven Senador que nos ocupa. Aquella hermosa región andaluza le ha elegido seis veces para defender sus importantes intereses; tres en el Congreso, otras tres en la alta Cámara.

Actualmente es el jefe del partido liberal en Almería, en donde es tan querido como respetado, por el celo incansable que de continuo manifiesta, trabajando siempre por las mejoras y adelantos de su distrito.

Muchas obras notables que en diversos órdenes de cosas se han realizado allí, llevan el sello de la inteligente iniciativa y actividad del Sr. Pérez García. No tiene más que cuarenta y cinco años, y lleva veinte lo menos desvelándose, y con fruto, por la prosperidad de sus electores.

Con esto queda hecha la mejor apología de quien desde humilde origen lucha, sin otros valimientos que sus propios méritos, por salir de la nada, y a fuerza de talento y de constancia logra ocupar una posición brillante, ostentando altos timbres de nobleza de carácter y honradez intachables.

D. José Rodríguez Yagüe

Más que político ha sido y es un genio en el movimiento industrial de España. En un todo independiente por su posición y por razones de carácter, jamás se ha mostrado propicio a admitir honores de ninguna clase. Consagra sus talentos y dedica su actividad a la industria lanera. Es propietario único de la hermosísima fábrica de Béjar, movida por la electricidad, montada con todos los adelantos que hay en el mundo, y que ha obtenido medallas de oro en cuantas exposiciones ha concurrido.

Recibió una educación puramente industrial, viajando desde la edad de quince años por los principales centros manufactureros del globo.

Ha sido Alcalde de Béjar, Diputado provincial y es Presidente de aquella Cámara de Comercio.

En el Parlamento no ha permanecido ocioso, impugnando los Colegios especiales cuando se discutió la ley del sufragio universal.

Ha presentado también varias proposiciones sobre servidumbre de paso de cable, energía eléctrica, etc.

Es propietario de inmensos predios y conocidísimo ganadero.



D. Vicente Llorente



Doctor en Medicina, cuyos estudios repitió en las Universidades de París y Alemania, es de los hombres de saber que contribuyen al desarrollo científico de su patria.

Dedicado al estudio y algún tanto alejado de la política, ha venido al Congreso en la presente legislatura proclamado Diputado por Las Palmas (Gran Canaria), donde nació en 1857.

Fuó Vicepresidente de la sección de Bacteriología en el último Congreso Internacional de Higiene y Demografía, y es miembro de muchas renombradas Sociedades nacionales y extranjeras.

Ha pronunciado muchos discursos científicos y es autor de varias obras de higiene y cirugía, entre ellas una notabilísima, que ha sido traducida al alemán y al francés, acerca de la intubación sustituyendo a la traqueotomía.

Tomó parte en los trabajos que en Alemania realizó el Doctor Ruge, habiendo también trabajado con los Profesores Bergman, Martin y Koch. Comisionado por el Gobierno visitó las Universidades europeas, fundando a su regreso el Instituto Microbiológico de Madrid, en el que ha salvado de una muerte cierta a millares de inocentes criaturas.

D. Enrique Arroyo Rodríguez



Es de Madrid, donde nació hacia el año 54. El que solo le conociera por las veces que ha hablado en el Congreso, creería que era alicantino, pues únicamente ha levantado su autorizada voz para asuntos de interés para Alicante, que es la circunscripción que representa.

A los dieciocho años poseía el título de licenciado en Derecho, y desde muy joven lanzóse a la política, afiliándose al partido liberal, donde siempre ha militado como incondicional amigo del Sr. Sagasta.

Fuó por primera vez Diputado en 1881, y desde entonces ha figurado en todas las legislaturas, menos en una, alcanzando siempre el primero o segundo lugar en su distrito. Ha sido Concejal, Teniente alcalde y síndico del Ayuntamiento de Madrid y Presidente del Comité Liberal del distrito de la Universidad.

En distintas ocasiones fué indicado para varios honores, pero el Sr. Arroyo los rechazó siempre con una modestia que es en él característica.

Persona muy competente en asuntos de Derecho y Hacienda, el Sr. Arroyo ha prestado muy buenos servicios a su patria y a su partido.

El Duque de Baena

ÉRATASE de un aristócrata que suma a la nobleza de sus títulos una más grande nobleza de corazón. Nació en Madrid en Diciembre de 1861, y ha representado tres veces en el Congreso el distrito de Baza (Granada) en las elecciones generales de 1893, 1898 y 1899, en esta última como candidato de oposición. Pocos contarán con tantas simpatías y arraigo en su distrito como el Duque de Baena, a quien debe bastantes mejoras y beneficios aquella región.

Desempeña el cargo de Gentilhombre de Cámara de S. M., con ejercicio y servidumbre, desde Enero de 1885, habiéndolo sido de D. Alfonso XII y de la Reina Regente, y en la actualidad del Monarca reinante.

Posee grandeza de primera clase y es Duque de Baena, Marqués de Villamanrique, Conde de Sevilla la Nueva, Vizconde de Mambles, Caballero de la Real Maestranza de Zaragoza y de la Orden civil de Beneficencia por sus servicios en el incendio del Ministerio de Gracia y Justicia en 1885.

Es Consejero de la Compañía del ferrocarril de Madrid, Zaragoza y Alicante y persona muy competente en asuntos de administración.



D. Segundo Cuesta



BASTARÍA, para demostrar el talento de este Diputado que por primera vez ha venido a la Cámara en la presente legislatura, consignar el hecho de que, en solo diez años cursó, además del bachillerato, una carrera tan larga y difícil como la de Ingeniero de Montes, título que a los veinte años poseía, siendo el número uno de la promoción del 82.

Es de Vera (Almería), donde nació en 1862, y representa en el Congreso de los Diputados a Purchena, de la misma provincia.

Ha desempeñado la jefatura del distrito forestal de Almería, y ha sido segundo jefe del Negociado de Montes en el Ministerio de Fomento, auxiliar de la Junta Consultiva y Gobernador civil de Tarragona. Allí ha dejado gratos recuerdos de la época de su mando y cuenta con grandes simpatías.

En varios periódicos y revistas, entre ellas la *Revista de Montes*, ha publicado interesantísimos trabajos relacionados con los estudios de su carrera y reorganizaciones del servicio.

El Sr. Cuesta es uno de los diputados de quienes puede esperarse en el Congreso mucho útil y práctico. — **Manuel de A. Tolosa.**

MEMORIAS INEDITAS DEL CONDE DE SAN LUIS

(Véanse los números anteriores.)

Pero, lo declaro con orgullosa satisfacción: trabajar, pensar, verter en las cuartillas del periódico, el libro ó el discurso el fruto de la imaginación, darle forma, explayarla, leerla después detenidamente y sentirse satisfecho... es el goce supremo de la inteligencia; es algo como un rayo de luz divina que viene á iluminar nuestro espíritu, refrescándolo de los ardores y arideces del trabajo. Estas son las reflexiones que me complazco en evocar, para descargo de mi conciencia, por haber aceptado un puesto en aquel Gobierno, á pesar de mis pocos años.

Durante la época de este Ministerio fué cuando la hidra revolucionaria, algo más temible que la de Lerna, levantó en Europa sus innumerables cabezas, y la clava que debía aplastarla, y que se le cayó de la mano á Luis Felipe, que en su descenso mató á Carlos Alberto, hirió á todos los Príncipes de Alemania y dió un golpe, acaso incurable, en el corazón del jefe del catolicismo, no encontró en toda Europa más Hércules que la empuñase victoriosamente que la mano del Duque de Valencia.

Desde el siglo V inclusive, no ha estado jamás la Europa más expuesta á ver repartidas, como se reparten las presas en algunos desfiladeros de la Calabria ó de Sierra Morena, las conquistas de la civilización. El General Narváez trazó una línea en el Pirineo, y, como Dios á las aguas, dijo á la revolución: «No pasarás de aquí». Nuevo Carlos Martel, en el mismo punto en que el ascendiente de Carlo Magno paró el *islánismo*, que iba, el Duque de Valencia detuvo al comunismo, que venía.

La emigración de Narváez afianzó nuestra alianza, sin que el interés personal entrase en esta unión.

La mancomunidad de ideas nos acercó recíprocamente; la de miras políticas coadyuvó á identificarnos; la misteriosa atracción de la simpatía estrechó fuertemente los lazos de nuestro mutuo aprecio. Comprendía yo que el General Narváez había sido destinado por la Providencia para realizar grandes cosas, porque en él residían cualidades extraordinarias. A falta de una sólida instrucción, era, ante todo, un gran carácter. Reconociéndolo así, y el influjo que esto había de ejercer en la gobernación del Estado, le consagré mi estimación y la fuerza de mi decidido concurso. El General Narváez, por su parte, me correspondió con toda la vehemencia de su cariño y confianza. Esta amistad, nacida en brazos de una adivinación, crecida á la sombra de un fin altamente patriótico y alimentada por la convicción de su necesidad y de su fuerza, no hubiera visto jamás en su cielo la más ligera nube, si la política no fuera tan propensa á emponzoñar los más puros sentimientos; por lo que aún recuerdo con dolorosa amargura la facilidad con que, algunos años más tarde, lograron los enemigos de *dentro de casa*, que son los más temibles, sembrar la cizaña de la mutua desconfianza en nuestro campo, lo que tuvo no escasa influencia en el giro posterior de nuestra política contemporánea.

A mucho me obligaba mi nueva posición, y mis primeros pasos en el Gobierno estaban bajo el peso de la temible alternativa del éxito ó el fracaso. Yo no quería, en modo alguno, defraudar las esperanzas de los que me habían señalado para ocupar aquel puesto. Enormes dificultades tuve que vencer para esbozar, siquiera ligeramente, la obra de engrandecimiento y progreso que yo había soñado para España.

Diez años antes de estos sucesos, me preguntó un compañero de Universidad que por qué abandonaba Sevilla, y añadió entre jovial y contrariado: —Pero, ¿á qué vas tú á Madrid?—A ser Ministro—le contesté resueltamente. Y esto no era jactancia, era una convicción íntima, profunda, que respondía á las ideas que ya germinaban en mi cerebro, como emblema del engrandecimiento que yo tan ardientemente deseaba para mi querida patria. ¿En qué fundaba yo mis esperanzas, expresadas con tal convencimiento?... Yo me sentía empujado por una fuerza irresistible. Todo lo que existía lejos de mí y sobre mí, se presentaba á la imaginación con mil encantos y atractivos. En mí no había entonces razón ni reflexión, y, sin razonar ni reflexionar, mi espíritu se lanzaba por inmensos espacios de ilusiones deslumbradoras.

(Continuará.)

Alfonso de San Luis

REVISTA DE REVISTAS

«Revue Politique et Parlementaire».

Por el socialismo.—Carta á M. Maciel Fournier.—Tercia René Viani, en el palenque abierto á los mantenedores de los diversos partidos en la política francesa (1). Hasta ahora—dice—M. Jonnart ha señalado el peligro clerical y M. Méline el peligro socialista; pero en la vital lucha sostenida actualmente por la libertad de enseñanza, que prueba la imprevisión del Estado y el abandono de las ideas de la Revolución frente á la obra del clero, se ha prescindido del principal factor de la vida moderna, el proletariado, en quien se ha de realizar el ideal de la justicia.

Las Indias occidentales inglesas.—La deplorable situación en que se ven aquellas islas, según A. Barthélemy, principalmente Jamaica, no es debido sólo á la crisis del azúcar de caña, sino, en general, al mal gobierno local que de tiempo atrás las rige, y que justificaría al cabo la intervención, con la cual ya las amenazó Mr. Chamberlain. El remedio único sería que las naciones continentales renunciasen á las primas de exportación.

El feminismo y la mujer como testigo.—En este primer artículo examina J. Ingelbrecht la condición social de la mujer, cuya inferioridad ante las leyes y las costumbres demuestra con abundantes datos. Pasa después revista á los esfuerzos practicados en Francia y en los países extranjeros por la reacción en sentido feminista, los cuales, sin embargo, han influido poco hasta ahora en las respectivas legislaciones, sobre todo en la francesa, cuyo reciente Código civil contiene la disminución de personalidad de la mujer en el mero hecho de casarse.

«Revue des Deux Mondes».

(15 FEBRERO)

Bosquejo de un programa naval en 1900.—Las tesis expuestas por el General de la Rocque acerca de la misión de la marina francesa en una lucha con Inglaterra, conducen á la conclusión de que no ha de ser aquella defensiva, sino ofensiva, y subordinada á la dirección de la guerra, con objeto de utilizar la gran superioridad del ejército para desembarcos en la Gran Bretaña, ó Egipto, ó donde se necesite. De no ser así, habría que renunciar á tener escuadras y emplear sus enormes gastos en el ejército ó en otros fines nacionales.

El movimiento corporativo en Europa.—Estudia el Senador Ch. Le Cour Grandmaison las condiciones en que se ha realizado la organización corporativa en Inglaterra, Alemania y Austria durante la segunda mitad de este siglo—hecho que habrá de imponerse en breve á Francia y á Bélgica,—para demostrar con documentos legislativos y cifras estadísticas que dicha organización en nada impide la prosperidad industrial y comercial de los países que la han adoptado. Afirma que ese movimiento es una reacción contra el «dejar hacer», el cual en el fondo no es otra cosa que la ley del más fuerte.

Crónica de la quincena.—La firma M. Fr. Charmes, y respecto de política interior asegura que el Gabinete francés sigue viviendo porque, á pesar de ser de todos detestado, nadie inspira la suficiente confianza para reemplazarle. En la exterior observa que tampoco el Parlamento inglés se muestra á la altura de las circunstancias; así ha podido Mr. Chamberlain aparecer victorioso contra la desusada oposición liberal, esgrimiendo la ya arraigada idea del imperialismo.

«La Nouvelle Revue».

(15 FEBRERO)

El Senado como Tribunal Supremo.—Expresa L. Mirman el desencanto que en Francia ha causado el proceso entablado ante la Alta Cámara, en realidad convocada por primera vez como Tribunal de Justicia desde la fundación de la República. Con tal motivo hace historia de esta institución, organizada por la Asamblea Constituyente en 1789, y que posteriormente desnaturalizaron el Imperio y la Monarquía constitucional. Abolida de nuevo en 1870, reapareció con la Constitución de 1875, aunque sin haber funcionado en ninguno de los conflictos políticos surgidos desde entonces. Opina que debería suprimirse en absoluto y dejar restablecido el fuero del derecho común, cual lo han realizado Suiza y los Estados Unidos.

Retratos parlamentarios húngaros.—R. Chelard hace destacar en estos momentos críticos de la historia de Hungría la figura del nuevo Presidente, Coloman de Szell, jefe á la vez de una gran mayoría parlamentaria y de sus compañeros de Gabinete, la del gran orador llamado el «Gambetta húngaro», conde Apponyi, y la de su alter ego, F. Horansky, representante del partido nacional.

Política exterior, por madame J. Adam.—Se ocupa con preferencia en la lucha anglo-boer; da el alerta á España y á Portugal para el caso de que Inglaterra necesite una compensación, y recuerda á Italia las perfidias de aquella potencia con el General Baratieri en Kassala.

«Revue Socialiste».

(FEBRERO)

Ensayo de crítica socialista de la libertad.—Analiza L. Faubert este concepto, según la escuela liberal, hallando que ni la libertad económica ni la libertad moral conducen á otra cosa que á mantener la desigualdad humana. En cambio, el criterio socialista, conforme al cual es la libertad «el derecho á la vida integral», es el único

co que puede realizar los ideales de la libertad por medio del colectivismo. El derecho á la lucha no puede llamarse libertad.

Ideas y hechos socialistas.—C. Rappoport toma como punto de partida los libros recientes de Woltmann y Bernstein, particularmente «El materialismo histórico» del primero, que considera como el mejor libro acerca de la filosofía de la historia de Marx, para poner de relieve su tesis de que el materialismo de éste conviene con el idealismo de Kant, hecho que demuestra con numerosas observaciones tomadas de las obras de ambos pensadores. Termina recordando la profunda máxima de Kant: Las ideas sin realidad son cosas vacías; la realidad sin las ideas es ciega.

La lucha contra el socialismo en las elecciones de Alemania.—Explica E. Milhand en qué condiciones ha obtenido la democracia socialista más de dos millones de votos (que representan el 27,18 por 100 de electores) el año 1898. Además de la guerra de todo género que se ha sufrido de parte del poder gubernamental, valiéndose de sus órganos administrativos y de policía, refiere la que le hicieron los demás partidos políticos organizados, tratando de presentar al socialismo como hostil á los obreros. Con este motivo, analiza en forma clara y sucinta la significación y fuerza de cada uno de los partidos en que se divide el campo de la política en Alemania.

Movimiento social en Francia y en el extranjero.—Publica A. Veber dos circulares del Ministro de Comercio é Industria francés, monsieur Millerand, una invitando á los inspectores del trabajo á que mantengan relaciones en forma regular con los sindicatos de obreros, y otra á éstos para que cooperen á los fines de la inspección. Claro es que aplaude este acto del Gobierno.—También copia de *Le Peuple*, de Bruselas, un interesante artículo sobre el sindicato de médicos socialistas organizado recientemente en aquella capital.

Registro legislativo

BÉLGICA

Enero 1.—Ley prorrogando hasta 31 de Diciembre de 1904, las disposiciones de la de 1 de Marzo de 1851, sobre las tarifas y reglamentos de la correspondencia telegráfica.

12.—Con esta fecha publica el *Moniteur Belge* los estatutos de las Sociedades mutuas para el primer semestre de 1900, conforme á los artículos 6.º y 27 de la ley de 23 de Junio de 1894.

21.—Idem id. los estatutos y documentos relativos á las Uniones profesionales, en cumplimiento de la ley de 31 de Marzo de 1898.

FRANCIA

Enero 3.—Ley concediendo al Ministerio de Hacienda un crédito suplementario para gastos administrativos de la Cámara de Diputados, é indemnizaciones á los mismos.

12.—Idem id. á la viuda del Coronel Klotz (asesinado al frente de la misión que capitaneaba en Africa), una pensión de 6.000 francos anuales, transferible á sus dos hijas, sin perjuicio de la que deba percibir por la ley de pensiones militares vigente.

16.—Publicando el texto del convenio firmado en Bayona el 4 de Mayo último, que fija la interpretación de los tratados de límites de 1856, 1862 y 1866 entre Francia y España, y de las actas y convenios adicionales relativos á los derechos de los fronterizos que envían á pastar sus ganados al otro lado del respectivo territorio.

17.—Idem aprobando el convenio entre Francia y el gran ducado de Luxemburgo, que regula el servicio de correspondencia telefónica entre ambos países.

—Idem concediendo al Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes un crédito extraordinario para el monumento que ha de erigirse en Dijon al General Garibaldi.

ITALIA

«Gazzetta Ufficiale».

(4 DE ENERO)

Diciembre 21.—Ley prohibiendo fabricar para la venta, sin autorización del Ministro del Interior, vacunas, virus, sueros medicinales, tósigos y antidotos, importados del exterior y usarlos sin intervención de la Dirección de Sanidad. Señala pena de 100 á 500 liras de multa, y además arresto hasta de veinte días á los contraventores.

—Idem permitiendo construir nuevos cementerios cuando las condiciones de localidad así lo exijan, ó conservar y ampliar los que existan, á distancia de menos de 200 metros de las viviendas, así como ejecutar obras de conservación ó ampliación en los edificios existentes, á dicha distancia, antes de promulgarse la presente ley.

—Idem autorizando para instalar despachos farmacéuticos en los municipios ó barrios de los mismos en que no haya farmacia ó esté muy distante, para la custodia y manejo de los medicamentos más urgentes, á cargo del médico y á los precios ajustados á las normas vigentes.

(1) Véase esta sección en nuestro número 6.º



D. EDUARDO DATO É IRADIER, MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN

Dibujo de Madame Gironella.



Por esos mundos

La guerra en el Transvaal: La columna Crouge.—La conducta de Mr. Chamberlain.—Apaciguamiento.—En Francia.—Los socialistas italianos.—En Alemania.—Un ascenso.—En Grecia.

Durante esta quincena la suerte de las armas no ha sido propicia á los ejércitos de las Repúblicas Sudafricanas. Al valor y á la habilidad admirable de los boers han opuesto los ingleses su obstinación indomable, su sangre fría, su numérica superioridad y los recursos de su riqueza inmensa. Mientras en las orillas del Tugela continúan los boers cerrando á los ingleses el paso de Ladysmith, en la parte occidental de Orange el General French ha roto el sitio de Kimberley, llegando á la plaza con 3.000 jinetes, y el Generalísimo Lord Roberts ha obligado á los ejércitos unidos á evacuar las posiciones de Maggersfontein, entre Modder-Riveer y Kimberley, colocando entre dos fuegos á las tropas boers que manda el General Crouge.

Nada se sabe á ciencia cierta aún respecto de la situación de estas fuerzas, pues mientras los ingleses dan su rendición como cosa hecha, noticias transvaalenses aseguran que se han salvado merced á los socorros que oportunamente les ha enviado el General Joubert.

Entretanto, parece asegurado que el Generalísimo Roberts prosigue su marcha sobre Bloemfontein, capital del Orange.

Mucho se ha discutido durante esta quincena la conducta del Ministro inglés Mr. Chamberlain, á quien se atribuye una responsabilidad especial en la guerra anglo-boer, y de quien se afirma por la prensa extranjera cierta complicidad con el célebre Cecil Rhodes y cierta solidaridad con los contratistas que proveen al ejército británico de material de guerra.

A consecuencia de las ventajas alcanzadas por los ingleses en el Transvaal, no han vuelto á reproducirse los rumores relativos á complicaciones internacionales. La actitud de Francia, Rusia y Alemania vuelve á parecer de completa y expectante neutralidad, y no se oye hablar de extrañas intervenciones en favor de la paz.

La discusión saliente en las Cámaras francesas ha sido la promovida por el orador radical M. Pelletan con sus duros ataques á la actual organización administrativa del ejército.

La situación interior de Italia se complica. La propaganda rapidísima del socialismo se ha convertido en un peligro. Todos los días ocurren motines, que á veces no se apaciguan sin apelar á medidas violentas. En el Piamonte ha sido elegido Diputado uno de los más virulentos agitadores. Los estudiantes de Roma han celebrado una manifestación librepensadora y socialista frente á la estatua de Jordano Bruno. Para castigarlos el Gobierno ha ordenado el cierre de la Universidad.

Con el objeto de cubrir los gastos que acarrea el aumento de la escuadra, el Gobierno alemán proyecta recargar el impuesto sobre la renta. El proyecto será rudamente discutido en el Reichstag.

Por decreto de la Secretaría del Vaticano, monseñor Sabatucci ha sido nombrado Internuncio de Buenos Aires, cargo nuevo, puesto que hasta ahora el representante de la Santa Sede sólo tenía el grado de Delegado apostólico.

Para reorganizar su ejército el Parlamento de Grecia, ha dispuesto la formación de un Estado Mayor, al que pertenecerán varios jefes extranjeros, entre ellos el general alemán Waldersee. Se ha discutido áspidamente la personalidad que ha de ocupar la suprema jefatura del ejército. Al fin, una mayoría de sesenta votos ha designado para tan alto cargo al príncipe heredero.

Por esta España

El trabajo de la mujer y el niño.—Enmiendas presentadas al discutirse el proyecto.—La ley del Timbre.—En torno al catalanismo.—Debates sobre tal cuestión.—Los tabacos.—Varios asuntos.

Aparte de las discusiones parlamentarias suscitadas en derredor del presupuesto de ingresos, han ocupado la atención de las Cámaras, entre otros proyectos, el que es ya hoy ley referente á la regularización legal del trabajo de la mujer y el niño. Combatido por el Diputado Sr. Ferrer y Vidal como peligroso, y como reaccionario por el Sr. Azcárate, pero vehementemente defendido por su autor, el Sr. Dato, y en su espíritu más que en su letra por el señor Moret, lo ha estado discutiendo el Congreso, mientras ansian su aprobación, en lo que les favorece, los obreros catalanes, cuyos delegados en Madrid, al ocuparse de este asunto, han hecho declaraciones de pronunciado anticatalanismo, lamentándose de que fueran aceptadas algunas enmiendas presentadas por el Sr. Sallars.

Al discutirse el proyecto se desechó otra enmienda, por la que se prohibía á las mujeres de todas edades y á los hombres menores de dieciocho la lidia de toros y vacas bravas.

La ley del Timbre ha sido aprobada en el Congreso, sin más modificaciones importantes que la de retirar el artículo que gravaba con un impuesto los documentos electorales. En la discusión de la ley intervino repetidas veces el Sr. Canalejas.

El meeting catalanista celebrado en Lérida, en el que los elementos radicales partidarios de la fórmula *ó todo ó nada* arrollaron á los catalanistas evolutivos, ha dado ocasión á un nuevo debate en el Congreso sobre tan espinoso asunto. Iniciada la discusión en vivos términos por el Sr. Romero Robledo, usaron de la palabra el Sr. Sallars, en defensa de Cataluña y de los Obispos de Barcelona y Vich, y el Sr. Abadal en la del programa catalanista de Manresa. Renovado el debate con motivo de un artículo de *La Veu de Catalunya* comentando desfavorablemente la contingencia de un viaje regio á Barcelona, hablaron los Sres. Silvela, Poveda y Mataix, y rectificaron cuantos señores Diputados habían tomado parte en el debate. También en el Senado se debatió idéntico tema, si bien no alcanzó la discusión las proporciones que en el Congreso.

Ha contrastado con la frialdad habitual en las discusiones sobre presupuestos, el valor con que los Sres. Maura, Canalejas, Romero Robledo y Rodríguez—y muy especialmente el primero—han debatido el proyecto sobre tabacos. A pesar de las gestiones de los Diputados cuyos distritos se interesan en el libre cultivo del tabaco, no parece probable que alcancen un éxito, al menos en la extensión con que solicitan la medida mencionada. La proposición del Sr. Gamazo y aceptación de su enmienda por el Sr. Silvela, prestan al asunto excepcional relieve.

Entre las diversas materias que han ocupado la atención política, deben citarse la proposición Weyler sobre pase á la reserva de los Coroneles, la del Marqués de Villaviciosa sobre supresión de los libros de texto, combatida por los Diputados catedráticos; las reiteradas demandas del Conde de las Almenas para que se esclarezcan las responsabilidades de las guerras, las gestiones entre el Ministro de Hacienda y las oposiciones con objeto de apresurar la aprobación de sus proyectos, las gestiones realizadas por el señor Canalejas para lograr el indulto de los Concejales socialistas de Bilbao, la manifestación catalanista del teatro Principal de Barcelona y el viaje del Sr. Dato á Ataques, con motivo del incendio de este pueblo.

Sección financiera

Los gastos de Inglaterra y su comercio.

La preocupación del momento en el mundo financiero es lo mucho que á Inglaterra está costando su desdichada aventura en el Sur de Africa, por la influencia que el hecho ha de tener en los mercados europeos.

Desde que la guerra comenzó Inglaterra ha gastado 23 millones de libras esterlinas.

En la actualidad se calcula el gasto semanal en más de dos millones de libras, ó sea unos cincuenta y seis millones de francos.

Aun cuando los recursos de esta nación son muchos, la influencia de estas respetables cifras es desastrosa; por de pronto, ya han inutilizado la larga labor que de veinte años á esta parte venia realizando para disminuir su deuda, que ahora habrá de aumentarse necesariamente, pues se impone un empréstito ó una nueva emisión de consolidados en plazo muy breve.

La actividad del movimiento mercantil aumenta, pues en Enero último la importación se ha valuado en 44,57 millones de libras esterlinas, y la exportación en 23,58, contra 41,21 y 20,34, respectivamente, en enero de 1899.

Cotización del dinero.

El descuento del Banco de Francia está á 3 1/2 por 100. En el Banco de Londres, al 4; en el de Berlín, al 5. En Madrid, como es sabido, está al 4 por 100.

El mercado de Berlín acusa una ligera alza (y otra proporcional en el descuento *hors banque*, ó 4 por 100), que ha venido á romper el equilibrio en que permaneció durante la quincena el mercado monetario, vislumbrándose en él alguna intranquilidad, que se traduce, por de contado, en la tendencia á subir de los *reports*.

El dinero en barras tiene los precios siguientes: En París, oro, 3.478,31 francos el kilogramo; plata, 101,23. En Londres, oro, 77 chelines y 9 1/4 peniques; plata, 27 chelines el kilogramo.

Nuestro cambio internacional.

El precio que en Madrid alcanzan los cheques sobre Londres y París ha aumentado en estos días.

Las libras, que el 10 del actual se cotizaban á 32,44 pesetas por libra, estaban el día 23 á 32,92.

Los francos, en igual período, han subido de 28,80 por 100 hasta 30,25.

El alza se explica por una porción de causas, entre ellas, la próxima Exposición universal, disminución de las existencias que el Banco de España tiene en poder de sus corresponsales en el extranjero (51,50 millones de pesetas), el aumento de los billetes en circulación (1.541,26 millones), el pago á los yanquis de la deuda reconocida en 1834 y compras de material de guerra en otras naciones.

Ferrocarriles españoles.

Desde que estuvo en España el Sr. Waldman, miembro del Consejo de la Compañía del Norte, han tomado cuerpo los rumores—ya en estas columnas apuntados—de un arreglo con los accionistas. A lo ya dicho por nosotros en nuestro número 6.º nos referimos, puesto que todavía no han terminado los tanteos y exploraciones de voluntades para llegar á un acuerdo, cosa que todos desean como resultado de la presente intentona para lograrlo, que es la tercera.

Más adelantado está el asunto por lo que se refiere á los ferrocarriles Andaluces, que, según se cree, pagarán en oro sus cupones desde el próximo Abril.

Ambas noticias son causa de que la contratación de acciones de unos y otros se haya animado en la Bolsa de París de un modo digno de ser notado, si bien el cambio oscila y á veces decae, sujeto, como es natural, á la influencia de los distintos rumores que cada día se echan á la plaza.

En nuestra Bolsa.

Comencemos por registrar el alza del 4 por 100 Interior, que ha subido desde 69,45 (al contado) á 70,25 con nótoria disminución, naturalmente, puesto que sube, de la oferta de papel, que iba pesando bastante. Todo hace prever que la liquidación de fin de mes, que esta crónica no puede alcanzar, se mantengan estos cambios, que todos, hace pocos meses, considerábamos inaccesibles en tan breve espacio de tiempo.

En alza notable también las Obligaciones del Tesoro, están muy solicitadas las de la serie A, que ganan desde 103,75 hasta 104,15.

Las Aduanas cortaron un cupón el día 15, quedando á 101,00, y también están en alza, á 101,50.

Las Cubas y las Filipinas están bien mantenidas, habiendo dado margen al arbitraje con Interior, aunque sin gran negocio. Menos tiene el Amortizable, y menos aún el Exterior. No podemos entrar aquí en más detalles, que nos veda la escasez del espacio.

El interés de la especulación está en los valores particulares.

El Banco de España sube, todavía, de 504 por 100 á 509,50, para quedar á 505,50.

La Tabacalera sube y baja enteros sin más medida que el capricho de quien se acerque al corro con cien acciones en una mano y su importe en la otra. De 421 duros á 415 y 433, queda á 424,50.

Por último, y como reflejo de los hechos, haremos notar el alza notable de las Arizas, las Castillas y la Eléctrica de Chamberí.

El primero y tercero de estos valores son casi nuevos para la especulación. Las Castillas nadie las quería, ni regaladas, hasta hace poco tiempo. Sin fruto se pretendió galvanizarlas cuando se hizo el empréstito de las Filipinas: ahora se las lleva en andas porque el Banco de Castilla compró una mina en Bélmez que, según se dice, puede vender en dos millones de pesetas, no habiéndole costado sino un millón; al amparo de esta mina, de esta proposición de compra y del anuncio de un dividendo importante, el 10 por 100, sus acciones se han puesto de moda.

En favor de los tres valores últimamente citados se está haciendo toda una campaña en los periódicos. Los tres, en efecto, han dado ya, y prometen seguir dando, muy buenos negocios; y nosotros también se los recomendaremos á los bolsistas muy expertos.

El proyecto de Tabacos.

El de aumento de precios en sus labores, que es lo que persigue el Ministro, ha vuelto á dar interés de actualidad al libre cultivo, defendido por unos con mucho entusiasmo, y que, según otros, debiera limitarse y reglamentarse con criterio más bien restrictivo que de amplitud.

En la base sexta del contrato de 1886, se impone á la Compañía la obligación de hacer ensayos de cultivo, informando al Gobierno al cabo de tres años de experiencias, y proponiendo si el cultivo debe autorizarse ó no, y en qué condiciones.

Si se cumpliera exactamente esta base sexta se llegaría al resultado de ver lo que al cultivo del tabaco en España da de sí. Nosotros ya hemos expresado nuestra opinión antes de ahora, y en ella nos confirmamos. El cultivo del tabaco podría ser un alivio para algunos agricultores; pero de esto á suponer que el libre cultivo va á ser, no sólo la salvación, sino que también la regeneración de la agricultura, hay un espacio tan grande, que para salvarlo se hace precisa toda la fuerza de imaginación de los que defienden y pregonan las excelencias de aquél.

El Gobierno y la Tabacalera.

El proyecto de tabacos y el del timbre han dado origen á que se haya discutido la Compañía Arrendataria y monopolizadora, planteándose ante el Congreso la cuestión de si debe lucrarse en primer término el Tesoro, disminuyendo, para lograrlo, las ventajas, comisiones y demás fuentes de ingresos que sus contratos con aquella abran á la sociedad.



Nuestros suscriptores.—Publicamos la lista por el orden con que recibimos las órdenes de abono.

- 91 Conde del Moral de Calatrava.—Diputado por Puebla de Trives (Orense).
- 92 Marqués de Valmar.—Senador por la Real Academia Española.
- 93 Conde de Torreánaz.—Ministro de Gracia y Justicia.
- 94 D. Manuel Allende Salazar.—Senador por Lérida.
- 95 D. José María Barnuevo.—Senador por Ciudad Real.
- 96 D. Valeriano Weyler.—Marqués de Tene-rife, Senador vitalicio.
- 97 D. José de la Bastida.—Exgobernador y exdiputado.
- 98 D. Manuel García Prieto.—Diputado por Santiago.
- 99 D. Antonio García Rizo.—Senador vitalicio.
- 100 D. Isidoro Gómez de Aróstegui.—Senador vitalicio.
- 101 D. Augusto González Besada.—Diputado á Cortes por Cambrados.
- 102 D. José María González Trevilla.—Senador por Santander.
- 103 D.—Cecilio Gurrea.—Senador vitalicio.
- 104 D. Enrique Herrera Moll.—Diputado por Málaga.
- 105 D. Raimundo F. Villaverde.—Ministro de Hacienda.

(Se continuará.)

Una opinión concreta.—Fernández y González, el fecundo novelista que tanto contribuyó con su pluma á popularizar en España la novela por entregas, y que era un literato y un poeta de grandes vuelos, como bastaría á probarlo su drama *El Cid*, tuvo

ideas muy exaltadas en política, y gran defensor á todo trance de doña Isabel II en aquellos tiempos de polémicas acaloradas y discusiones violentas, tuvo bastantes altercados, en los que hubo puñetazos y otros excesos, y en los que el fogoso defensor de «la liberal Isabel», como él la llamaba, no siempre llevó la mejor parte.

Venido D. Alfonso al trono de su augusta madre, D. Manuel se hizo inmediatamente alfonsino, sin distinguir nunca de partidos dentro de su monarquismo ni solicitar el menor apoyo de los Gobiernos.

Atacábanle á veces en las tertulias á que el escritor solía concurrir, citándole atropellos y errores de los gobernantes; pero él salía siempre al paso de estas razones, salvando la figura del Rey y diciendo que los Ministros que le rodeaban eran los ineptos, los malos y los tunos, y mucho más por el estilo con que D. Manuel, con su expresivo y pintoresco vocabulario, los bautizaba á gritos.

Prueba de que así sinceramente lo creía Fernández y González fué el hecho de pedir una audiencia á S. M., á quien nunca había hablado. Como en la solicitud que á este fin hay que hacer es preciso indicar el objeto de aquélla, el gran escritor pretextó el de entregar en las reales manos el ejemplar de una novela que dedicaba á Don Alfonso.

El Monarca, que había oído hablar mucho de Fernández y González, y que tenía grandes deseos por conocerle, hizo que inmediatamente se le contestase, concediéndole con sumo gusto la audiencia.

Llegada ésta, el novelista entregó su obra al Monarca; pero de pronto, y á grandes voces, exclamó:

—Señor, esto no ha sido más que un pretexto para poder llegar hasta su presencia; pero vengo á muy otra cosa.

—Hable, D. Manuel—dijo el Monarca, sonriente y cariñoso.

—Pues vengo—siguió vociferando el novelista—á aconsejar á V. M., y he escogido por eso estos días en que, con motivo de la caída del Ministerio, está V. M. oyendo opiniones. Como no esperaba ser llamado, he venido á darle la mía, franca y leal: es la de

un español que quiere de todo corazón á su Rey.

—¿Y cómo cree usted que debo resolver la crisis?

Y el literato granadino, con su especial ceceo, respondió con firmeza:

—¡Del lado del pueblo, señor! Estamos hartos de sufrir malos Ministros, que engañan á V. M. y á todos. Mándelos V. M., sin excepción ninguna, á paseo, y gobierne solo. Mi opinión es que V. M. se proclame *Rey absoluto*.

**

Un partido compacto.—Severo é intransigente en las doctrinas que desde sus primeros pasos en la política profesó, Moyano fué el último moderado que habló en nuestras Cortes, y que mucho después de haberse disuelto el partido que un tiempo gobernó el General Narváez siguió llamándose representante de aquella tendencia.

A este efecto recordamos una anécdota ocurrida en el Senado, y en la que intervinieron Moyano de una parte y D. Práxedes Mateo Sagasta de la otra.

Era éste Presidente del Consejo de Ministros, y D. Claudio, con gran energía, interpellaba al Gobierno sobre ciertos abusos y coacciones electorales, hablando, como solía hacerlo casi siempre, en nombre de su partido.

El Sr. Sagasta, que sabía perfectamente que Moyano hablaba únicamente por sí mismo, y que en la Cámara sólo representaba su propio valimiento, que no era poco, interrumpió al orador una de las veces en que éste hablaba del «partido que representaba», diciéndole:

—Su señoría es el único que ya hoy forma el partido moderado.

El orador, con una gran viveza, haciendo un paréntesis en su discurso respondió sin desconcertarse:

—Por eso puedo afirmar, de cuantos estamos en las Cortes, que soy el único que representa *por completo* un partido.

La disidencia izquierdista y otras comenzaban á iniciarse en las grandes agrupaciones políticas.

REVISTA POLÍTICA Y PARLAMENTARIA

Única publicación de su género en España.

CIENCIA POLÍTICA, DERECHO PÚBLICO Y PARLAMENTARIO, CUESTIONES SOCIALES, TRABAJOS LEGISLATIVOS, ASUNTOS DE ADMINISTRACION Y FINANCIEROS, VARIEDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: ESPAÑA, Trimestre, 6 ptas.—Semestre, 12 ptas.—Año, 24 ptas.—EXTRANJERO, Año, 30 francos.

Sucursal administrativa (Avisos, suscripciones y venta de números sueltos): ALCALA, 2, MADRID POSTAL

Oficinas centrales: CALLE DE SAN BERNARDO, 18 DUPLICADO, PRIMERO DERECHA

Teléfono 940.—Apartado de Correos 241.—MADRID

CUENTA CORRIENTE EN EL BANCO DE ESPAÑA Y EN EL «CRÉDIT LYONNAIS»

